



JAMFRY AUTOBIOGRAFÍA
RICARDO CAVOLO

JAMFRY AUTOBIOGRAFÍA
RICARDO CAVOLO

JAMFRY AUTOBIOGRAFÍA
RICARDO CAVOLO







A Maria, por ser y estar siempre, por ser mi león en aquel sueño y por el amor

A León, por llevarme por el agujero de gusano hacia el otro lado

A mis padres, por ser mi dórico y mi jónico

A Antonio y sus 86 sobrinos

A mi familia del mundo

A Lluís, por enseñarme

A las estrellas

A Bart

A ti

<3



Introducción

(La jota de Jamfry se pronuncia como en *jamón*, *jaleo* o *jazmín*.)

Este libro es la historia de Jamfry. Yo soy Jamfry. O lo era. Lo cierto es que sigo llevándolo conmigo cada día de mi vida.

Con Jamfry me he enfrentado a problemas de autoestima, a trastornos alimentarios, a ser hipersensible, a la soledad durante la infancia, a mentir compulsivamente, a vivir en mil hogares diferentes, a monstruos destructores que casi me dejan sin vida por el camino, al agotamiento total de mi energía, a una depresión y a mil demonios alados que salen de una puerta que se encuentra en mi cabeza.

Pero con Jamfry también he hecho realidad el sueño de convertirme en artista, he vivido aventuras por medio mundo, he aprendido a dominar el fuego y a hablar con los caballos mientras vivía con los gitanos, he conocido a un león que luego resultó ser mi mujer, he viajado por los universos más fantásticos e increíbles que os podáis imaginar, he conocido a Conan el Bárbaro, me he reencontrado con el arte gracias al espíritu de Jean Dubuffet, he vuelto a nacer en Italia y he conocido a otro león que resultó ser mi hijo.

Jamfry soy yo de niño. Mi padre me llamaba así, haciendo una españolización muy libre del nombre Humphrey, por Humphrey Bogart. Mi propio padre lo

explicará en una carta que hay después de esta introducción. Pero básicamente es porque de niño era bastante serio, un tipo duro, como Bogart.

La verdad es que es raro plantearme escribir una autobiografía a los treinta y seis años. Pero ahora se abre una nueva etapa para mí, así que entiendo que el primer tercio de mi vida ha concluido. Me pareció divertido dividir mi vida en tres tercios y hacer una autobiografía para cada uno de ellos. De esta forma, me obligo a seguir en pie más años de los que planeaba. Ya veremos si la cosa funciona.

Siempre he pensado que, desde que soy niño, me han pasado una serie de cosas que podría ser más o menos interesante poner en papel. Sobre todo porque, como mantenga el mismo ritmo de aventuras en el siguiente tercio, se me van a ir olvidando las del primero. Para escribir la historia no me queda más remedio que basarme en recuerdos, por lo que nunca coincidirá del todo con lo que sucedió en realidad. Pero no me preocupa. Mi pasado es lo que recuerdo tras haberlo vivido.

Sin embargo, el detonante de que decidiera escribir este libro es algo que me pasó hace ahora unos tres años. Casi se me parte la vida.

Gracias a eso aprendí mucho, un montón de cosas que se suponía que ya tenía que saber, pero que desconocía. A los treinta y tres años empecé a aprender sobre la vida y sobre mí mismo. A medida que lo vayáis leyendo, quizá os preguntéis qué tipo de persona era o cómo podía no saber eso a estas alturas, pero a veces la vida nos lleva por unos caminos que nos hacen comportarnos y forjarnos de una manera concreta para sobrevivir. Y eso me tocó hacer. Desde muy joven tuve que lidiar con ciertas batallas que condicionaron mi forma de ser durante muchos años.

No me creo especial ni diferente a los demás. Soy muy consciente de que a todo el mundo le han pasado cosas, seguramente dignas de un libro. Por eso no vengo aquí como una víctima especial de mis circunstancias. No pretendo que este libro salve vidas o que haga cambiar de mentalidad a nadie, en absoluto.

Esta es la pequeña historia de Jamfry, un niño que vivió una serie de aventuras y que aún condiciona mi día a día.

En realidad, decidí escribir este libro para mí. Quiero que todo lo que he aprendido quede escrito, para que pueda afianzarlo más y mejor. Como no iba a conseguir tener un diario personal sobre todo esto, porque soy muy vago, lo convertí en un libro de verdad.

Al principio me agobiaba mucho la idea de que el libro tuviera que transmitir una moraleja final. Como no creo que mi vida sea importante para los demás, si al menos todas estas páginas terminaran con una maravillosa reflexión sobre la vida con la que todos aprendiésemos algo fascinante que pudiéramos poner en práctica, el libro ya estaría justificado.

Pero no es el caso.

Me he dado cuenta de que la mía no es una vida que vaya a cambiar la de los demás. Pero sí intuyo que muchos harán suyos algunos pasajes del libro. Que conectarán de alguna manera porque ellos vivieron algo parecido. Con eso ya me vale.

Leer sobre la vida de alguien te obliga a poner en orden tus propias experiencias al compararlas con las del protagonista del libro. Eso me parece muy bonito.

Yo no soy escritor. Yo pinto y dibujo. Así que no vais a encontrar un estilo fascinante en estas páginas. Pero esta historia quiero contarla yo, que para eso es la mía, y sé que soy el más indicado para hacerlo. Por eso, os ruego que tengáis paciencia.

Lo que sí está claro es que todo el libro lo he escrito y dibujado con el corazón en la mano. Creo que, cuando se tienen cosas reales que contar, tampoco es tan importante una retórica que asombre. En mi opinión, eso les quitaría carne y tripas a los hechos. Al menos en mi caso, que de retórica controlo más bien poco. Aquí hay verdad: la historia de un niño, Jamfry, y de cómo ese niño aún sigue conmigo, para bien y para mal.

Lo que viene a continuación es una carta de mi padre. Le pedí que me escribiera algo sobre los primeros años de mi infancia, porque yo recuerdo peor aquella época. Él decidió escribir esta carta sobre el Jamfry niño, y me parece una buena manera de empezar.

Después hay un texto que ha escrito Maria, mi mujer. Ella es la que mejor me conoce ahora, así que es la mejor perspectiva para conocer al Jamfry de hoy en día, el que llevo dentro desde siempre y que ha ido evolucionando tras todas las aventuras que hemos vivido.

Yo estoy absolutamente feliz de haber sido Jamfry y de seguir siéndolo cada día.

Espero que a vosotros también os guste conocerle.

RICARDO CAVOLO



Carta de mi padre

Jamfry

Ninguna posibilidad de escapar al dilema: reconstruir el pasado será siempre una forma segura de traicionarlo en cuanto se le dota de posterior coherencia, se le amaña en artera continuidad argumental. Dejar la pluma e interrumpir el relato para amenguar prudentemente los daños: el silencio, y solo el silencio, mantendrá intacta una pura y estéril ilusión de verdad.

JUAN GOYTISOLO, *En los reinos de taifa*

Asumo la fatalidad del dilema y decido escribir. No me seduce nada la «estéril ilusión de verdad». Asumo, pues, la traición ineludible de todo lo recordado. Pero lo hago con la tranquilidad de saber que los fragmentos recordados son una parte minúscula de todo lo que viví con Jamfry y que, por tanto, la mayor parte de ello quedará a salvo.

Siempre fuiste un chico prudente. No tenías más remedio. Desde el mismo momento de tu nacimiento, viviste en un hogar asilvestrado, rodeado por los peligros de un taller inclasificable. Había una cuba con ácido nítrico, en la que habrías podido desaparecer como un azucarillo en el café. Una chimenea a ras de suelo, en la que podrías haber ardido como un montoncito de leña menuda. Una sierra circular con dientes tan afilados que, incluso apagada, hubiera podido destrozarte tus dedos diminutos. Un entorno hostil, pero era el que nos permitía vivir como queríamos. Por eso hubo que acostumbrarte, aleccionarte, entrenarte. Me esforcé en que comprendieras el peligro específico que acechaba en cada cosa. Acercaba poco a poco tu manita de gnomio a la estufa de leña, para que notaras cómo subía y subía el calor. Tú me mirabas horrorizado y, con todas tus minúsculas fuerzas, echabas hacia atrás tu mano, tu brazo, todo tu cuerpo, comprendiendo sin palabras, al instante, la lección. También cogía un palo con el que hubiéramos jugado un poco y te llevaba junto a la cizalla, para que vieras lo que aquellas dos cuchillas de acero podían hacer en un segundo con el pobre palo.

Esa fue mi prioridad al principio. Las de tu madre, creo, alimentarte, abrigarte y abrazarte. Teníamos que mantenerte vivo y entero. Y lo logramos. Nunca te

abrasó el ácido, ni te quemó el fuego, ni te hirió el acero de tanta herramienta. Y creo que, de alguna manera sutil, aquella prudencia primordial, diversificada por ti y adaptada a otros escenarios, ha seguido ayudándote a evitar muchos contratiempos.

Yo no lo tenía fácil, porque lo cierto es que no quería ser padre. Me explico. Las compañías y lecturas con las que yo había hecho la travesía de los años setenta me habían ayudado a delimitar el núcleo de mi pensamiento político, concretado en el deseo de acabar con el capitalismo y con la familia patriarcal. Esclarecido por ciertas corrientes anarquistas, había llegado a comprender que ninguna transformación relevante de la sociedad sería posible si no se modificaban esos dos pilares del sistema. Es más, estaba convencido de que cualquier proceso revolucionario acabaría en nada si no se desarrollaba simultáneamente en los dos pilares, pues cada uno de ellos tiene la capacidad de regenerar al monstruo completo. De ahí la necesidad de luchar en dos frentes simultáneos. A ese propósito respondía nuestro intento de establecer una comuna durante la segunda mitad de los setenta. El momento culminante de ese intento se produjo en Ibiza durante los meses de verano del 79. Éramos seis adultos y dos niños, un buen punto de partida. La funcionalidad de la pareja continuaba inalterada porque nos parecía lo más difícil de cambiar. En realidad, éramos tres parejas con dos niños de una de ellas. Pero éramos una familia formada por lazos de amistad y no de sangre. Vivíamos juntos y disponíamos de una economía común gestionada por consenso. También asumíamos de forma colectiva el cuidado y la educación de los niños. Era un buen comienzo. Pero, por causas que luego he analizado largamente, todo entró en una deriva catastrófica, y el colectivo acabó reñido y fracturado en parejas.

Así las cosas, tu madre me propuso que tuviéramos un hijo y yo acepté de buen grado. 1981 fue un año marchito. Todas las insurgencias habían quedado desactivadas. Los planes, olvidados. Tener un hijo se parecía mucho a empezar desde cero la historia de la humanidad, romper todos los mapas y avanzar por un camino arcaico pero absolutamente imprevisible. Sin embargo, una cosa es ser progenitor y otra ser padre. Cualquiera que haya bebido de la corriente conjunta de marxismo y psicoanálisis conoce y aborrece lo que engloba la palabra *padre*. Y aunque había ido recortando las alas a mis deseos, qué remedio, decidí que, en la medida de mis posibilidades, no sería un padre patriarcal. No tenía nada claro en qué consistía eso. Por un lado, pretendía no ser padre, no creérmelo. Por otro, pretendía proporcionarte las atenciones y las herramientas que uno recibe de su padre, lo cual me obligaba a hacer de padre. Pensé que lo más acertado

era alimentar tu libertad, ayudar a que te crecieran unas alas fuertes y duraderas. Eso no podía hacerte daño. Y si ponía cuidado en reducir al máximo la dosis de machismo que pudiera transmitirte, tal vez mi tránsito por la función de padre no resultara muy ruinoso.

Perdona esta digresión, pero solo con ella puede entenderse mi conducta. Sé que en esa justificación mía se condensa la «posterior coherencia» que lamenta Goytiso. Pero uno teme siempre, cuando escribe, ser sometido a juicio por los otros. Por tanto, me asiste el derecho, que todo acusado tiene, a declarar lo que quiera. Aunque no sea para absolverme. Pero sí, al menos, para matizar la condena.

El primer año, en Gredos, fue magnífico. Tu madre, el *Conan*, tú y yo, cuatro bichos ensimismados, atareados y felices, con una vida vertebrada por tu presencia, bien asentados en aquella tierra montaraz y fecunda.

Desde los primeros meses se te puso una mirada de chico duro en una cara sonriente. Mi manera de festejar aquella confluencia era proclamar en tono jovial: «¡Humphrey Bogart, el chico más duro de la pantalla!». Tantas veces lo dije que, sin dejar de ser Ricardo, empezaste a ser «Jamfry», como un avatar tuyo concerniente a la iconosfera. Aquel primer año estuvo dominado por tu conquista de una movilidad creciente: gatear, caminar, correr, trepar. Más tarde, cuando se inició tu conquista de la palabra y la conversación, ese avatar nos permitía hablar de Jamfry como de una tercera persona de la que tú lo sabías todo. Eso pareció multiplicar el espacio de tu fantasía.

Pero al cumplir tu primer año tuvimos que trasladar el campamento. La vida que a partir de aquel momento teníamos que recorrer necesitaba las posibilidades que ofrece la ciudad.

De los dos años que vivimos los tres juntos en Tejares, recuerdo el crecimiento de tu cuerpo vigoroso y el despliegue de una fantasía ilimitada. Tu conquista de la palabra avanzaba, imparable, con los pies bien asentados en tu realidad cotidiana (comer, dormir, jugar), y con la cabeza siempre volando por unas alturas colosales (viajes, proezas, aventuras, metamorfosis). Por muy exótico que fuese el territorio al que te llevaba tu imaginación, tú nunca olvidabas que en él también se come, se caga, se duerme, se trabaja, hace frío y calor.

Tenías tres años cuando tu madre y yo nos divorciamos. De los meses previos prefiero ahora no hablar porque me revuelven un fango de sensaciones dolorosas. Yo me convertí para tu madre, y creo que para ti, en un ogro. Solo me consuela pensar que, en vista de cómo me trata ella ahora, ha logrado perdonarme. Respecto a ti, sospecho que la herida que yo ocasioné ha quedado cicatrizada.

A ti el divorcio no te gustó. Más de una vez me preguntaste por qué no volvíamos a vivir los tres juntos. Yo, intentando eludir la herida, te vendía las excelencias de la nueva situación, te decía que así teníamos dos casas. Tú, condescendiente, me mirabas sin decir nada, sabiendo que contestar esa tontería era salirse por la tangente. Un niño no quiere tener dos casas, sino una sola, y pequeña, en la que tenga a mano todo lo que él quiere del mundo. También te decía que, desde que vivíamos separados, tu madre y yo no habíamos vuelto a discutir y nuestra relación era cordial. Y eso parecía convencerte algo más. La pregunta, propuesta más bien, la planteaste dos o tres veces y, como siempre te di la misma respuesta, no volviste a hacérmela. Al cabo de un tiempo, pasado el cataclismo inicial, la vida entró de nuevo en una rutina apacible y diste el asunto por zanjado. Lo que sí creo es que aquella nueva situación te llevó a plantearte ciertos interrogantes. Por ejemplo, recuerdo que un día, después del colegio, me preguntaste si podías llamarme «papá» o «papi», en lugar de Álvaro, que es como, por iniciativa mía, me habías llamado siempre. Yo te dije que sí, por supuesto, que me llamaras como quisieras. Esa tarde me llamaste «papá» un par de veces, yo respondí con normalidad y ahí quedó todo. Después seguiste llamándome como siempre.

Otro momento que no olvidaré nunca fue el viaje que hicimos tú y yo a Gredos, dos o tres días de Navidad. Yo estaba necesitado de tener momentos no programados contigo, que pudieran salirse de la rutina que enseguida se apodera de todo. Desde que tenía diez años, Gredos ha sido para mí un lugar mágico que me da fuerza, me serena y me procura bienestar. Pensé que un viaje allí no nos podía salir mal. Y acerté. Alquilamos una habitación en un hostel diminuto cerca de Hoyos. Salíamos de buena mañana y paseábamos por el monte hasta el anochecer. En un camino forestal, tras una caminata de una hora, encontramos el primer día, en medio del pinar, un refugio natural formado por tres o cuatro pedruscos enormes, como un dolmen. Con unas ramas, cerramos un poco los laterales y construimos lo que tú llamaste «nuestra casita». Íbamos allí a pasar ratos hablando de cualquier cosa y a comer unas provisiones que llevábamos a todas partes. ¡Que no faltara la comida! Tuvimos incluso la suerte de que un día nos lloviera, y «nuestra casita» nos proporcionó un refugio de verdad. Otro día subimos desde la Plataforma hasta el Prado de las Pozas, y la ascensión tuvo visos de gran proeza. Incluso nos acercamos hasta el antiguo refugio de los cazadores, que tenía la cubierta derrumbada y parecía un escenario bélico. Te hice alguna diapo, y, con tu ropa desastrada para el monte, en aquel escenario parecías un refugiado palestino. No había nadie en aquella inmensidad, y los dos gritábamos como locos cuando el viento lanzaba rachas furiosas. Ese día no había ni una sola

nube, y el aire gélido de diciembre nos permitía ver a nuestros pies una tierra infinita. Fue un viaje perfecto.

Otro elemento importante que introdujo la separación fue la aparición de J. S. Que tuviera más o menos tu edad tenía un lado positivo, pues permitía una fluidez en la relación, y un lado negativo, por la rivalidad que promovía. Como generalmente nos veíamos en su casa, yo intentaba que nuestra presencia no se percibiera como una invasión, y por eso fomenté cuanto pude tu tolerancia, algo a lo que tu forma de ser ya te empujaba de forma natural. Esta asimetría, a la larga, supuso para ti una carga por la que te viste obligado a pagar un precio adicional, algo que, por desgracia, casi nunca tuvo el reconocimiento de la otra parte. Ni siquiera cuando nos fuimos los cuatro a vivir a Zafra cambió esa situación, tal vez porque, después de diez años, se había convertido en la costumbre. Mi posición en relación con ese problema era muy delicada, pues se suponía que yo debía tener un comportamiento escrupulosamente ecuánime entre vosotros dos. Siempre intenté que no te hicieran daño las pequeñas miserias que despertaban la rivalidad y la envidia. Y pensaba que, si sobrevivías entero, saldrías reforzado para lo que pudiera depararte la vida. Quiero pensar ahora que, visto con perspectiva, fue una estrategia acertada.

Con el divorcio, la casa de Tejares se convirtió toda ella en un taller. Solo tu habitación y la cocina conservaron intacta su función y su disposición. Yo dormía en una cama que había metido en el estudio de dibujo y lectura. En el cuarto de estar estaba la pintura y la serigrafía. La alcoba en la que dormíamos tu madre y yo se convirtió en un cuarto oscuro perfecto. El taller de madera, con la sierra circular, ya estaba de antes. Nunca he vuelto a tener un taller tan estupendo. Había medios y espacio. Se podía abordar casi cualquier proyecto.

En Tejares jugabas casi siempre con J. Al lado vivían dos muchachos, creo que mellizos, o hijos de la dueña del bar Los Mellizos, no recuerdo bien. Pero con ellos jugabas poco. Eran muy futboleros, con una imaginación de bajo voltaje. J. era diferente; tenía muchos más puntos de encuentro contigo, a pesar de las enormes diferencias.

Con frecuencia veníais los dos a jugar a casa (al taller, vamos). Allí encontrabais medios y espacios que no tenían las demás familias. Y quizá una permisividad mayor, no lo sé. J. alucinaba con las cosas que se podían encontrar en el taller. Siempre recordaré su asombro una vez que vio unas láminas de dibujo anatómico que yo había hecho para la facultad, con ese trazo minucioso que exigía la asignatura. «No parece hecho, parece comprado», fue su forma de expresar admiración.

Yo os dejaba jugar a vuestro aire y solo intervenía a veces, para imponer prudencia si andabais con algo peligroso, o para aportar alguna sugerencia si os veía aburridos o peleados. Pero, como os llevabais bien, intervenía poco.

En una ocasión, por iniciativa de J., os embarcasteis en un juego que imitaba rituales católicos. Tú, por desconocer aquellas prácticas, le seguiste el juego con interés. Yo iba escuchando y me comía las muelas. Finalmente intervine para proponeros una versión más movidita. Os propuse adorar a Manítú, con una danza salvaje, con palos a modo de lanzas, cánticos incomprensibles y gritos enardecidos. La idea os gustó y estuvisteis haciendo el indio un buen rato. Pero al día siguiente llegó J. diciendo que, si volvíais a adorar a Manítú, no le dejarían volver a jugar contigo en casa. Yo le tranquilicé y le aseguré que nunca más volveríais a adorar a Manítú.

Una tarde estabas jugando en casa con A. C., la hija de M., el carbonero. Yo estaba trabajando en el estudio de dibujo, como de costumbre. En un momento dado, os dio por meteros en mi cama, allí mismo en el estudio; os cubristeis con la colcha y os hicisteis los dormidos. Os despertabais cada minuto, decíais vuestras locuras y otra vez volvíais a «dormiros». Como estabais tapados y yo atendía a mi trabajo, ignoro si hubo algo más que palabras. Supongo que, teniendo en cuenta vuestra edad, poco pudo haber. Al parecer, aquello os gustó, pero fue la última vez que A. C. vino al taller. Encantada con el juego, lo contaría en su casa, y sus padres, horrorizados, debieron de decidir que no volviera nunca más. «Por si acaso.» ¿Por si acaso, qué? Teníais unos seis años. Más tarde, un día que fui a por carbón, M. me preguntó si yo era punki. Para tranquilizarlo, lo miré con cara de no entender nada y le dije que no, que por qué me lo preguntaba. «No, por saber», me respondió. El pobre hombre, que nos apreciaba, intentaba comprender.

Cuando jugabais fuera, casi siempre ibais al Cañón, o al menos esa era la coartada habitual. Aunque teníais prohibidísima la zona que quedaba al otro lado de la carretera, estoy convencido de que fuisteis por allí mucho antes de que yo lo autorizara. Aquella puta carretera era un peligro mortal por culpa del tráfico infernal que solía tener. Además, al otro lado está el río, lo que supone otro peligro mayor si cabe. Lo cierto es que también había peligro en el Cañón, pero parecía más doméstico. En realidad, el peligro estaba por todas partes, y a mí lo que más me tranquilizaba era esa prudencia tuya forjada desde los primeros días. Hay que reconocer que, aparte de la salvaguarda que te procuró, también te permitió tener un mayor grado de libertad.

Cerca de la carretera había un burdel, El Cisne Negro. Un día me preguntaste qué había allí, queriendo decir, más bien, qué ocurría allí. Parece ser que los

datos que habías podido obtener no explicaban el misterio y la lubricidad que ese lugar despertaba en el barrio. Supuse que, a tu edad, los eufemismos que hubieras podido oír de grandes y pequeños no habrían logrado aclararte el enigma. Yo te dije que a ese lugar iban los hombres que estaban muy tristes porque las chicas que trabajaban allí podían lograr que se les pasase. No sé si te aclaré el asunto, pero no volviste a preguntármelo.

Había muchos días en que jugabas en casa, tú solo. Pasabas muchos ratos dibujando o pintando. La gran ventaja del dibujo es que te permite hablar sin perder la concentración. Me encantaban aquellos ratos. Con frecuencia, la conversación tomaba la forma de una refriega verbal de tono burlón, siempre sometida a un *crescendo*. Eso nos permitía pasarnos notas dibujadas, lo que introducía un suspense momentáneo, mientras uno de los dos dibujaba la respuesta. Cuando pintabas, procuraba que utilizaras todas las técnicas que yo usaba, porque así podrías entender mejor lo que yo hacía, y además te daba el manejo necesario para expresarte con libertad y disfrutar más.

También te embarcabas en proyectos para los que el taller te proporcionaba una gran variedad de materiales y utensilios. Una vez, para Reyes te regalamos un Quimicefa, y pasaste un par de días preparando mezclas explosivas e incendiarias. Yo estuve en vilo mientras duró el proceso y respiré aliviado cuando se te terminaron las materias primas. De los demás experimentos químicos que traía el juego, probarías tres o cuatro, como mucho. Hacías las mezclas en el taller y luego salías al patio a encender los fuegos y provocar las explosiones, todo de pequeñísimas dimensiones, pero suficiente para provocar un accidente. Yo, que te veía volver del patio con cara de susto, te preguntaba: «¿Todo bien?», y tú, tratando de quitarle hierro al asunto, asegurabas: «Sí, claro». Otras veces te enfrascabas en estudios apoteósicos con libros míos que seleccionabas con arreglo a intereses inescrutables. Podías usar cómics, libros de historia o de arte, tratados de física y mecánica, con fotografías, con mapas, con diagramas y esquemas. Hasta un tratado de química de mil páginas, el legendario Babor-Ibarz.

Y siempre escuchando música. Por aquellos años, la encendía al entrar en casa y solo la apagaba cuando salía o me iba a dormir. La música era otra ocasión para complicidades y regocijos: desde los Rolling hasta Camarón o Bach, pasando por Decibelios, Ilegales, etc. Cuando eras muy pequeño, bailábamos juntos. Te agarraba fuerte y nos movíamos a gran velocidad, con giros bruscos y piruetas varias que a ti te encantaban. En realidad, bailaba yo mientras te tenía cogido. Acababa exhausto, y, cuando paraba para tomar aire, me decías: «Otra vez». Eso es también lo que me decías de pequeñito, cuando iba a contarte un cuento a la cama,

cada noche, antes de dormir. Agotado muy pronto el repertorio conocido, solía improvisar cualquier historia delirante en la que intervinieran dragones amigables, guerreros cimerios, princesas insurgentes, perros sagaces, punkis voluntariosos, camareros metafísicos, policías bohemios, trompetistas ocasionales... Al acabar el breve relato, con tu lengua de trapo, pedías: «Ot'a vez». Incapaz de repetir la narración, porque ya no me acordaba, te contaba una versión más corta con los mismos personajes. A ti parecía no importarte aquel caos narrativo, como si te bastara con activar unos personajes que se correspondían con los que tú tenías en la cabeza. Fuera cual fuese la versión, al acabar, siempre pedías «ot'a vez». Yo hacía cada versión más corta que la anterior hasta que, por fin, te pedía que te durmieras de una vez.

Cuando estábamos en Canalejas, jugabas con J. S. en casa. A veces se os unía U., el hijo de P. Como tenía un déficit de crecimiento, era pequeñito y solía someterse a vuestros designios. Creo recordar que la situación se hacía más fluida cuando estabais los tres. Tal vez, entre U. y tú era más fácil encauzar las aristas espinosas de J. S. De vez en cuando también jugabais con los hijos de M. (C. y E.), que eran la combinación más dispar que se puede imaginar: uno, todo prepotencia y el otro, todo amabilidad.

De aquella convivencia en Canalejas recuerdo una experiencia que resultó memorable. G. A. había venido de Madrid para participar tocando la marimba en una actuación conjunta con V. y M., entre otros, y había traído a su hijo A., un par de años menor que vosotros. Como ninguno de los adultos quería perderse la actuación, decidimos dejaros solos en casa, pensando que al estar juntos venceríais el miedo y lograríais divertirlos. Asumimos que no dormiríais mucho. Erais cuatro: A., U., J. S. y tú. Afortunadamente, no ocurrió ninguna desgracia de las muchas que, aunque no lo dijéramos, todos temíamos. Y resultó que lo pasasteis muy bien. Cuando volvimos, después de la actuación y de las copas de rigor, os encontramos en pleno desenfreno de correrías y carcajadas, con una linterna, demostrando a A. que no había intrusos debajo de las camas y que no había nada que temer. Por lo visto, durante años él describió con orgullo aquella noche como una experiencia extraordinaria.

Recuerdo también una tarde en la que estabais jugando U., J. S. y tú. Por aquel entonces, yo andaba haciendo fotos a todo bicho viviente, acumulando material para trabajos de la facultad. Fui con la cámara a la habitación en la que jugabais y os propuse haceros unas fotos. Vosotros, encantados, entrasteis en una vorágine de actividad. Propuse que os quitarais algo de ropa y acabasteis desnudos bailando como salvajes. J. S. y tú, más habituados a un entorno en el que la desnudez no

suponía ningún problema, disfrutabais del salto cualitativo que introducía el registro fotográfico. A U., en cambio, mientras trataba de seguir vuestra disparatada coreografía, se le veía una cara de asombro mayúsculo, al tiempo que observaba con curiosidad los pormenores de vuestros festivos genitales infantiles. Por ahí debo de tener esas fotos, que no llegué a utilizar nunca. Lo tremendo es que hoy en día podrían constituir una temible prueba judicial contra mí. Incluso a pesar de que nada en ellas puede ser calificado de pornográfico: la clave reside en que se nota que todo lo que ocurre en la escena es producto de la voluntad desvergonzada pero asexual de unos niños en trance de divertirse entre ellos.

Pero creo que la aportación más relevante de Canalejas fue el hecho de facilitar amistades que quedaban al margen del círculo familiar, es decir, fuera de control. Por lo que recuerdo de mi infancia, diría que ese fue un paso decisivo en el camino a la independencia y la libertad. Y supongo que para ti habrá sido algo parecido. Son esos amigos que no están ahí como consecuencia de unas circunstancias que hacen referencia a tus padres, sino porque tú los has elegido por voluntad propia, libremente, adentrándote en un territorio que, por muy apacible que pueda ser, siempre tiene un sesgo salvaje.

Esa primera salida al mundo, temprana y pequeña pero ya con todas las consecuencias, creo que marca el final de la infancia.

ÁLVARO
Agosto de 2017



Carta de Maria

Muchas personas creen que son especiales. Ricardo ES ESPECIAL. No en el sentido de estar por encima de nadie, sino especial como una preciosa casualidad de la naturaleza que a veces te parece demasiado pura para este mundo. Como un cuervo iridiscente, como un tigre albino, como Bowie.

Y lo es incluso cuando miente (fatal), cuando hace a escondidas algo que te avergüenza o cuando hace como que algo no le ha hecho daño.

Todo le hace siempre mucho daño, pero se le pasa muy rápido.

Al principio no me podía creer a una persona así. "No ha vivido en este mundo." Como si la mierda no hubiera conseguido corroerle. Entonces, te enteras poco a poco de su vida y ves que te encuentras ante la persona más frágil y más fuerte que has conocido.

Yo siempre quiero protegerle, pero no puedo. Él libra sus batallas solo. En su interior tiene un pequeño guerrero de 6 años que se enfrenta a un dragón con los ojos vendados y una espada muy grande. Una imagen muy suya.

Ya no me preocupo, ha cambiado.

Siempre tendrá un niño triste dentro (¿qué nostalgia, qué artista no lo tiene?), pero ese niño sueña, orela más alto y pide más deseos a la vida que Bastian a los de Fújur en "La historia interminable".

Le conocí en una montaña rusa.

Fuimos por lo más alto, lo más bajo, lo más brillante y lo más oscuro. Boca abajo, en picado, vertiginoso y sin saber cuánto faltaba o qué había tras el frenato final.

Cuando se quedó todo quieto y a oscuras "solo" había una persona. Un humano. Sin lucecitas y sin tucos. Pero más persona y más humano de lo que jamás había podido imaginar.

Cuando llora me duele y cuando se ríe no recuerdo ningún mal de este mundo.

Estoy segura de que todo el que conoce a Ricardo le verá reflejado en estas palabras. A los que ahora le vais a conocer un poco mejor a través de este primer tercio de biografía (porque va a vivir 105 años), BIENVENIDOS a una historia especial, de la mano de la persona más preciosa y especial que he tenido la suerte de conocer y amar.

MARIA HERREROS



De cuando nací tras una gran helada nocturna

Nací el último día del primer mes de 1982. En Salamanca, eso significa estar casi bajo cero, cuando nieva o está a punto de hacerlo. Soy hijo del invierno, y lo noto. El calor me gusta (o al menos lo soporto), pero con el frío me siento vivo y activo. Y llegué al mundo al mediodía; por eso creo que soy alguien solar, lleno de energía por las mañanas. En cuanto se va el sol, me apago.

Nací en Salamanca, pero en ese momento mis padres vivían en El Raso, una aldea de diez casas en la sierra de Gredos a la que volvimos después de mi nacimiento.

Evidentemente, de mi estancia allí no recuerdo nada. Pero quiero creer que desde entonces guardo cierta conexión con esas montañas y bosques. Me asigno una pertenencia a ese hábitat, como si hubiese vivido siempre allí. Más tarde he sabido que esa conexión es algo real y palpable. Fui bautizado por un grupo de muflones una noche, mientras mis padres dormían. Me transportaron con sumo cuidado hasta la cima de un monte cercano y, a la luz de la luna llena, me colocaron una pequeña corona de ramas de tomillo y me bañaron en leche de cabra montesa para consumar el hermanamiento con ellos y esas montañas. De hecho, cada vez que he vuelto a Gredos he visto asomarse la testa con cornamenta de alguno de mis muflones guardianes, que me da la bienvenida y me hace sentir protegido.

Años más tarde fui visitando Gredos con mi padre de vez en cuando. Cuando estábamos por el monte, me concentraba en parecer superágil, y saltaba de piedra

en piedra para emular a mis hermanas las cabras montesas. Era como un joven chamán poseído por el espíritu de un muflón, y hacía una constante demostración de mis dotes delante de mi padre.

Sé que en El Raso vivíamos en condiciones más bien primitivas. Pero también sé que en ningún momento me faltó de nada. Al contrario, tuve el mejor inicio posible: en el monte, sin civilización.

En su carta, mi padre ya cuenta un poco el estilo de vida nómada que llevó antes de llegar a estas montañas. Creo que se me ha pegado algo de eso.



El *Conan*, mi protector en las montañas

Allí en El Raso teníamos un perro, el *Conan*. Mi padre ha sido siempre un ávido lector de los cómics de Conan el Bárbaro (como luego lo fui yo) y creo que quiso hacer su propio tributo a este personaje usando su nombre para nuestro gigante pastor alemán. El *Conan* fue mi guerrero guardián. Se tumbaba a los pies de mi cuna y allí hacía incansables guardias. Si alguien que no fuera mis padres osaba acercarse, él se levantaba sobre sus patas traseras y, como si de un gran oso pardo se tratase, se ponía en actitud amenazante hasta que expulsaba al cartero o a la vecina de turno. Una vez me salvó de un jaguar que estuvo merodeando alrededor de nuestra casa durante varios días. Cuando el felino se decidió a atacar, el *Conan* saltó delante de él con tal energía y soltó un ladrido tan fuerte que temblaron todas las montañas de la sierra. El jaguar perdió su color del susto y huyó hacia el bosque.

El *Conan* fue mi *Fújur* particular. Por las noches me sacaba de la cuna con mucho cuidado, me montaba en sus lanudos lomos y viajábamos por este y otros mundos surcando los cielos coronados, a veces con una, dos, tres o cinco lunas.

Agarrado al pelaje del *Conan* he visto paisajes imposibles, dimensiones desconocidas y parajes secretos.



Cuando mis padres llegaron a esta casa por primera vez, estaba habitada por un sapo. Se lo recuerda gigante, como de dos metros, y con unos ojos que desprendían fuego. Una noche, al descubrir que su casa tenía nuevos inquilinos, preparó un ataque para expulsarnos. Pero mi padre, a lomos del *Conan* y blandiendo una larga estaca de madera, logró matarlo.



El castillo de Tejares

Después de Gredos nos fuimos a Tejares, que era un pueblo situado al lado de Salamanca. En realidad, ya era más como un barrio de la ciudad, pero aún seguía teniendo ese halo de pueblo pequeño.

Allí mi tío abuelo tenía una pequeña fábrica de tapones de goma para los botes de medicamentos de entonces, que eran de cristal, y esta era nuestra nueva casa. Era un hogar increíble, con muchos espacios diferentes. En cuestión de semanas, se convirtió en un estudio total. Las únicas estancias que no eran zona de trabajo o estaban libres de materiales eran mi dormitorio y la cocina. Todo lo demás se transformó en una especie de castillo encantado destinado al arte y la creación. Había zonas de dibujo y para hacer serigrafía, un taller de madera e incluso un cuarto oscuro para revelar fotografía.

En ese cuarto oscuro, por cierto, era donde se escondía mi amigo invisible Charlie Chaplin. Siempre tuve mucha suerte con los amigos invisibles, pero Chaplin se llevaba la palma. ¡Cómo nos lo pasábamos! ¡Cuánto me ha hecho reír!

La casa era un edificio antiguo y estaba casi en el campo, así que albergaba más vida animal además de la nuestra. Pero nada de lo que asustarse. Arañas patilargas, a las que convertí en mi particular ejército de hadas, y algún escarabajo pelotero o zapatero que captaba mi atención desde que aparecía hasta que desaparecía por alguna grieta de la pared con su torpe andar.



En esa época fui a una guardería que había a medio camino entre Tejares y Salamanca. Mi único recuerdo de ese sitio es que al empezar el día había que rezar un padrenuestro. Mis padres son ateos, y yo no iba a ser diferente, así que no tenía ni idea de rezar. Decidí mover los labios sin decir nada coherente, para ver si colaba. Y coló durante un tiempo, pero un día me pillaron y no les debió de sentar muy bien, porque me castigaron y tuve que salir de la clase y esperar en el pasillo. En ese pasillo desierto y mudo, miraba el techo esperando una mínima señal de ese tal Dios, a ver si también por su parte había algún tipo de reprobación. Nada, ni un parpadeo en el tubo de neón a modo de señal divina. Así que decidí montarme en una especie de cochecito a pedales que había para los recreos e invertí la libertad de no tener religión echando una carrera contra el Juicio Final en ese pasillo, que en mi mente parecía un circuito de Fórmula 1.

En Tejares estuvimos juntos mi madre, mi padre y yo poco tiempo. Cuando tenía tres años, mis padres se divorciaron. Por lo que me han contado, decidieron acabar con la relación antes de que todo se embarrase, a sabiendas de que yo estaba en el medio. Siempre les agradeceré mucho que fueran tan responsables. Ser hijo de padres divorciados ya trae alguna que otra consecuencia desagradable para el resto de la vida. Si encima hubiese vivido una guerra abierta entre ambas partes, los daños colaterales a corto y largo plazo habrían sido infinitamente mayores.

La calle donde enormes piedras rodaban cuesta abajo

Cuando mis padres se divorciaron, mi madre se fue a vivir al centro de Salamanca. La calle de la Cuesta no tenía salida y estaba atrapada en otra calle, famosa para salir por la noche. Estábamos en pleno centro, a un minuto de la plaza Mayor y a medio de la Gran Vía.

Mi padre se quedó en Tejares, en el castillo encantado.

En ese momento se estableció mi plan de vida para la infancia. De lunes a viernes estaría con mi madre. Los fines de semana, con mi padre.

Entre semana, si no estaba en el colegio, normalmente pasaba el resto del tiempo en casa.

Mi habitación era un santuario lleno de juguetes, cómics y libros que aún no podía leer. Solía usarla por las noches, cuando mi madre me mandaba a la cama (demasiado pronto, a mi parecer) y yo, linterna en mano, daba rienda suelta a mis aventuras, entre pilas de libros, playmobils en cada rincón, dinosaurios de plástico y más libros.